



María Casares, mito en el imaginario teatral de nuestro exilio republicano de 1939, en el centenario de su nacimiento

MANUEL AZNAR SOLER
(GEXEL-CEDID-Universitat Autònoma de Barcelona)

Durante el presente año 2022 conmemoramos el nacimiento en A Coruña de María Casares y, con tal motivo, se han organizado homenajes a su memoria en Avignon, Barcelona y A Coruña. Se ha reeditado este mismo año 2022 en la colección Biblioteca del Exilio de la editorial sevillana Renacimiento *Residente privilegiada*, su libro de memorias, edición de María Lopo, comisaria y responsable del catálogo de una exposición titulada *María Casares, actriz océano. Itinerario vital dunha exiliada*, que pudo visitarse del 12 de mayo al 25 de julio de 2022 en la Sala Municipal de Exposición Kiosco Alfonso de A Coruña.

Max Aub, en el capítulo XI de la segunda parte de *La calle de Valverde*, nos proporciona un curioso testimonio literario sobre el nacimiento de María Casares. En efecto, en dicho capítulo de la novela el personaje

de Joaquín, impulsado por el deseo de conocer el mar, se saca un billete de tren para viajar de Madrid a A Coruña, la ciudad en la que se publicaba entonces la revista vanguardista *Alfar*, dirigida por Julio J. Casal. Pues bien, este Joaquín que no ha traído a Coruña “más libro que la segunda antología -con jota- de Juan Ramón”, pasea un día por la ciudad gallega “con un joven abogado y dos estudiantes de Santiago”:

Por la noche, en una tasca, se emborracharon celebrando el nacimiento de la hija del abogado, señorito afilado, ocurrente, locuaz, agudo, violento, leído, simpático, galleguista de pro, sindicalista y republicano. Se llamaba Santiago Casares Quiroga. A la niña le pondrían María¹.

Estamos, por tanto, en la noche coruñesa del 21 de noviembre de 1922, día en que nació María Victoria Casares Pérez, hija de Santiago Casares Quiroga y de Gloria Pérez Corrales.

Laberintos se suma a este homenaje con la edición por riguroso orden cronológico de una serie de textos, unos inéditos y otros olvidados, que testimonian la condición de mito que la actriz gallega, heredera de Margarita Xirgu en el imaginario colectivo de nuestro exilio republicano de 1939, alcanzó en vida. En este sentido, nada mejor que recordar el elogio que le dedicó ya en

¹ Max Aub, *La calle de Valverde*, edición de José Antonio Pérez Bowie. Madrid, Cátedra, colección Letras Hispánicas-234, 1985, p. 238.

1950 otra actriz exiliada en México tan relevante como la gran Ofelia Guilmain:

La máxima intérprete que hoy tiene el teatro es, para mí, esa española, también refugiada, que se llama María Casares. ¡Qué manera de decir el verso!... Yo siento por su arte la más profunda y sincera admiración.²

Publicamos aquí textos de cinco autores sobre María Casares, tres olvidados (de Margarita Nelken, Elena Vera y Cipriano de Rivas Cherif) y dos inéditos (de Álvaro Arauz y Fernando Arrabal), textos escritos por exiliados republicanos españoles como los cuatro primeros y por un auto-exiliado en París como Arrabal.

Todos estos materiales textuales, excepto los de Rivas Cherif, proceden del archivo de la propia actriz exiliada, la mayoría sin referencias bibliográficas, un archivo repartido entre los Fonds et collections de Département des Arts du Spectacle de la Bibliothèque Nationale de París (Collection Casarès, Maria (théâtre, cinéma) 4-COL-75) y el Fonds d'archives Maria Casarès del Institut Mémoires de l'Édition Contemporaine (IMEC), situado en la Abadía de Ardenne en Saint-Germain-la-Blanche-Herbe (Normandie).

I LO QUE SIGNIFICA EL NOMBRE DE MARÍA CASARES

Por Margarita Nelken

El fallecimiento en el exilio de don Santiago Casares Quiroga da una nueva y trágica actualidad al renombre de su hija, María Victoria, famosa como María Casares en la escena y el cine franceses. Tan famosa que, sin hipérbole, bien puede decirse que es, hoy en día, la actriz joven de mayor predicamento en la Francia surgida de la Liberación.

¿Cómo ha podido una española, y, además, refugiada, alcanzar en París tamaño prestigio?

La recordamos en aquellos primeros días de nuestra guerra. Con su madre, Gloria, asimismo muerta en el destierro, se nos presentó en la Casa del Pueblo madrileño, en aquellas horas en que todavía estaban ausentes la mayoría de sus dirigentes, a quienes la sublevación franquista había sorprendido por provincias en tareas de organizaciones y propaganda y en que todos arrimábamos el hombro para hacer frente al apremio inexcusable de la defensa contra los traidores. Con toda sencillez, Gloria venía a ofrecer su ayuda y la de su hija: “Aquí nos tiene; por si en algo nos puede utilizar”. María Victoria tendría entonces unos catorce años. La sentamos a una

² Pura González, “Entrevista con Ofelia Guilmain”. *Nueva España*, México (18 de marzo de 1950), p. 6.



mesa y le pusimos en la mano el sello de la Agrupación Socialista: “Toma, niña. Sella estos pases para los vehículos que han de ir a la Sierra”. Y allí se estuvo sin chistar, con aplicación de chiquilla en la escuela, toda la tarde.

La guerra se hizo más dura. Madrid sitiado. De nada servían allí las mujeres sin obligación oficial, ni las criaturas. Y todas las raciones eran ya escasas para los combatientes. La esposa y la hija de Casares Quiroga marcharon a París, en donde, cual cumplía a su edad, María Victoria ingresó en un Liceo, en una clase de perfeccionamiento del francés, destinada a las alumnas extranjeras. Al poco, podía seguir los cursos de las chicas francesas, y obtenía el Primer Premio en “composición”.

El azar de la lectura de unos poemas castellanos, que le había ido a pedir un actor de la Comedia Francesa, de origen español -Alcover- la encaminó hacia el teatro. Alcover necesitaba esos poemas; alguien le indicó que tal vez los tuviera “la chica de Casares”, aficionada a la literatura. Fue a verla y María Victoria le leyó unos cuantos. El actor se maravilló: “¿Cómo no se le ha ocurrido a usted hacer teatro?”. A María Victoria no se le había ocurrido, pero desde ese momento pensó en aprovechar “en serio” las dotes que tanto le celebraban cuando, de niña, hacía primeros papeles en las funciones del Instituto-Escuela de Madrid.

Ingresó al Conservatorio. Primeros éxitos y primeras indisciplinas, pues a los alumnos del Conservatorio de París no le

está permitido trabajar en ningún teatro, ni -¡menos!- en el cine. Debut en una obra de Synge: adquiere tales proporciones el triunfo, que la Comedia Francesa, pese a la rebeldía hacia la enseñanza oficial, le brinda, a la *petite espagnole*, el ingreso en el primer elenco artístico de Francia, Incluso ofrece toda clase de facilidades para la naturalización; hasta un matrimonio “en blanco” con un ciudadano francés, seguido de un divorcio rápido. Pero María Casares, ni quiere, a cambio del prestigio -artístico y social- de la Comedia Francesa, renunciar a su libertad de creación, ni quiere, bajo ningún pretexto, dejar de ser española. Agradece, pues, la distinción.... Y la rehúsa.

Ya desde ese momento, el ascenso es ininterrumpido: hasta ese papel principal en *La Cartuja de Parma*, de Stendhal, que ha sido (hasta ahora) su magna creación en el cine, y ese papel principal en *Los justos* de Camus, que en esta temporada le ha vuelto a consagrar como *vedette* máxima de la escena francesa. Y hay una anécdota que mejor que nada dice no ya sólo el prestigio de María Casares, sino el afecto que la rodea. Cuando Casares Quiroga regresó a París, después de la Liberación, su regreso coincidió con la retirada de la cartelera de una de las obras con la que su hija había logrado uno de los mayores éxitos. María explotó ante unos maquinistas del teatro cuánto sentía el que su padre, que nunca la había visto trabajar, no la pudiera ver en aquel papel. Los maquinistas se pusieron de acuerdo con los demás artistas y la

dirección del teatro; y, sin saberlo María, se preparó una función, con taquilla cerrada, únicamente para que Casares Quiroga pudiera ver a su hija en el *Federico* de La porte; función en que todos, desde el primer actor al electricista, trabajaron gratis. Cuando al alzarse el telón, María Casares vio la sala vacía, y, como únicos espectadores, a su padre entre un pequeño grupo de amigos, su emoción fue tal que hubieron de transcurrir unos minutos antes de que pudiera pronunciar palabra.

Este lance, sin precedentes en los anales del teatro, es el comentario más elocuente a lo que significa hoy, en el París tan reacio a las glorias que le llegan de lejos, el nombre de María Casares y lo que este nombre, logrado a pulso por una *refugiada* puede representar para todos los españoles republicanos.

Nueva España, México (18 de marzo de 1950), p. 5.

II
**CONFERENCIA DE ÁLVARO ARAUZ
 EN EL “PATRONATO DE LA CULTURA
 GALLEGA”, DE MEXICO, TRANSMITIDO
 POR LA CADENA RADIO CONTINENTAL.
 Septiembre 1953.**

Terminaba el año 1930. Por las nieves de Jaca, en el alto Aragón, cerca de los Pirineos, Santiago Casares Quiroga buscaba la libertad para los españoles... En Madrid, como en casi toda España, También se hacía un esfuerzo en ese sentido. Por el momento, un instante de meses, la monarquía borbónica domina el gesto nacional. Todos los cabecillas van a la cárcel. Y la prisión madrileña, por albergarlos, se convirtió, una vez más, en la capital espiritual de la península ibérica. Hay que eliminar los detalles. Ahora, en estos minutos de que disponemos en la Cadena Radio Continental, no buscamos reconstruir la historia, sino fijar los términos del encuentro. En la misma celda de la Cárcel Modelo de Madrid, coincidimos con Santiago Casares Quiroga. El era un símbolo y quien habla un creyente. Prescindo también de la interpretación del papel que jugó Casares Quiroga en la historia de los últimos años de la política española. Hablo de aquel entonces, de diciembre del 1930. La familia de Casares Quiroga estaba en Galicia y vinieron a Madrid para ver al ilustre detenido.

Una mañana, olvido el gris del Guadarrama y también el rojo de la sangre madrileña, una mañana, a la hora de visita,



entraron en la habitación destinada a estos fines, la esposa de Casares Quiroga y su hija. La hija, de unos cuatro a cinco años, entonces solamente se llamaba María Victoria, hoy es María Casares.

Y de ella quiero hablar... Los años, estos años de sangre seca y de gritos helados, han pasado muy rápidamente. Hablemos, enlazando, de aquella niña que conocí en las visitas que hacía diariamente a su padre en una celda, a la mujer que he visto hace un año en una de las Salas de la Comedia francesa.

María Casares, no Casarès... Porque hay que evitar ese acento que los franceses ponen por si el origen de las glorias extranjeras que habitan en aquel país, María Casares ha sido una sorpresa para todos. Y para todos es un orgullo. Sorpresa, por la altura que tiene su nombre. Y orgullo, porque ha sabido mantener la actitud firme... Picasso, Casals, La Casares. Tres columnas, fijas, ejemplares, intactas. Tres columnas de mármol en un desierto de barro podrido. Está en Francia. Su voz, su acento, su prestigio es una acusación y un reto. Un astro limpio en la noche oscura de España. No quiero, por ser sobradamente conocida, hablar de esta actitud de María Casares. Hablaré tan solo de lo que he visto. Hablaré de la actriz.

Noche en la sala del Luxemburgo. En los carteles el nombre de María Casares. Yo tenía una gran emoción por ver levantarse el telón. Se hizo el silencio. Se apagaron las luces y las cortinas llenas de versos clásicos

se levantaron. Eran un volcán rojo que dejaba al descubierto el cráter del escenario. Los personajes se movieron y hablaron en la escena. Había, en medio de tanta voz y de tanto movimiento, un silencio y una quietud. Y ocurría esto por presentimiento. Se esperaba —el público y yo— la aparición de María Casares. Por fin, al fondo del escenario, surgió su figura. Figura auténticamente española. Delgada, inquietante, nerviosa. Estaba vestida de oscuro. Parecía lucir un traje diseñado por Zurbarán. El silencio se hizo más concreto. Un escalofrío recorrió la sala. Antes que sus labios hablaron sus manos y sus ojos. Después fue su voz...

Si Molière hubiese podido escoger una voz para sus versos estoy seguro que habría elegido la de esa ilustre actriz de Galicia. Porque es un mar, porque es una campana de oro, porque es una garganta antigua. Quienes solamente han visto y oído a María Casares en el cine no pueden hacerse una idea de la impar personalidad, de la extraña presencia, del misterioso ser que sirve al arte. El cine limita, corta las alas. Al ver a la Casares en cualquier película se tiene la sensación de estar presenciando el martirio de un águila encerrada en una jaula. No, ella necesita la libertad del escenario... El metal de su voz no se ha hecho para resonar en la fría sala del celuloide, sino en la caliente inmensidad de un teatro. Es el mar de Galicia sonando en los oídos. Cuando la escuché en la Sala del Luxemburgo, su voz tenía los matices que

el mar gallego alcanza en los atardeceres. Voz honda, milagrosa, lejana. Se acerca y desaparece, deja unas olas de matices en la playa del oído, después se pierde, casi se pierde el acento, pero cuando creemos que todo está perdido, desde lejos, también en olas de versos clásicos irrumpe la belleza de ese sonido del agua, de oro, de rumores marinos. ¿Es la voz de una sirena? Tal vez..., respondería Racine... Pero no importa la exactitud al clasificar su voz. Esta viene del mar, de esa esquina misteriosa de Galicia. Voz de mar bravío...

Y es voz que también sale de la tierra. Voz hecha para decir romances, voz nacida para hablar con la lluvia, voz hecha para resonar en los bosques, voz elegida para trepar como hiedra por la piedra de las Catedrales, voz propicia para reunir los misteriosos habitantes de la alta noche del campo gallego, voz de los peregrinos de Santiago, de los marineros de las costas, de las caracolas que como faros sonoros llaman por la noche a los pescadores que han muerto en el mar... Voz de España prestada a Francia.

Y tanto, otro tanto como su voz, impresionan al espectador sus ojos y sus ademanes.

Ojos de niebla y crucero gallego. Ojos hechos para ser cárcel de estrellas y para servir de playa a la marea alta. Ojos que son cuna de algas y musas de las gaitas. No sé si es muy exacta mi impresión pero quiero decirla. Sus ojos son un trozo del paisaje de Galicia... Húmedos, tristes, hon-

dos, verdes, anieblados... Ojos hechos en el otoño con el recuerdo de la primavera. Ojos que son vitrales de cualquier iglesia romana y campesina de aquella maravillosa región de los celtas. Ojos antiguos, tan grandes, que parece que están de par en par abiertas las puertas de sus párpados para dejar pasar por ellos todas las leyendas gallegas. Ojos para cerrar Merquitas, porque tienen todo el poder tradicional de la espada del jinete patrono.

Y sus ademanes... Estos, son flexibles, poéticos, vegetales... Sus brazos tienen mucho de ramas de pino jugadas por el viento y sus manos –las manos de María– tan deliciosas, tan femeninas, pero a la vez tan decididas, que aun teniendo una anatomía del Renacimiento estoy seguro que tocaron a rebato las campanas de la Contrarreforma.

Puede estar Galicia orgullosa de María Casares... Habla el francés con más gracia y pureza que los mismos franceses, pero cuando habla en español conserva intacto el amable, poético acento de su patria... Un marcado acento gallego, dicen algunos... Bueno, ¿Qué importa?... María Casares no ha olvidado las canciones del trigo y de los castaños, los villancicos y el hablar de la niebla. Lleva Galicia dentro de la sangre y está, por las rías de su voz desemboca en el amplio mar de las palabras.

Su carrera artística ha sido un gran acontecimiento en Francia. Desde su entrada al país hasta su debut en la Comedia Francesa, todo ha sido un servir a ese destino



de actriz impar. Nació actriz por la gracia del cielo y ha correspondido a Francia el gozar su presencia... Pero estoy seguro que ella, en el fondo, en ese profundo pozo de sus recuerdos, espera y desea cambiar los versos de Racine por cualquier romance gallego, y decirlo en España en esa tierra que le dio la vida con la misma gracia y misterio que engendra un clavel o da el ser a una alondra.

Han pasado muchos años desde aquel diciembre de 1930. Muchos años y muchas cosas. En aquel entonces María Victoria, de la mano de su madre, muy abiertos los ojos, dentro de una celda, miraba unas rejas que la separaba de su padre, de sus amigos... Hoy, abiertos también sus hermosos ojos, desde Francia, desde el gran salón de su triunfo, contempla las rejas que la separan de su tierra... solo deseo que de una vez para siempre, esta impar actriz pueda mirar a España tan cerca, tan de cerca, que la empañe con su aliento al atardecer gallego.

III NUESTRAS MUJERES DE HOY. MARÍA CASARES

por Elena Vera

En los largos años que llevamos lejos de la patria, emigrados en distintos países del orbe, muchos son los españoles que, tanto en el interior de España como en la emigración, se han convertido en figuras destacadas de la literatura, la pintura, el teatro, la ciencia, el cine, la poesía, etc.

Entre estos valores ocupa María Casares un lugar de honor.

Hija del finado líder republicano español Casares Quiroga, tuvo que salir de España, siendo niña, cuando nuestra patria se ensangrentaba bajo los horrores de la guerra. Pasó a Francia, donde sus inclinaciones la condujeron por el camino del arte teatral.

Al terminar la guerra mundial, nos llegaron hasta México ecos de sus triunfos. Siendo primerísima figura en el arte dramático del teatro francés, se incorporó también al cine y fue entonces cuando pudimos valorar la extraordinaria calidad de esta artista, que en su sangre y en su corazón lleva a España.

La Cartuja de Parma fue la primera película de María Casares que llegó a México, a esta siguieron algunas otras. Pero su prestigio como actriz lo ha adquirido en el teatro principalmente.

La valía de esta artista, su grandeza dramática, ya han sido objeto de comentarios

y crónicas de parte de la prensa mundial y es motivo de admiración y orgullo de todos los españoles.

En fecha reciente, incorporada al “Teatro Nacional Popular de París”, María Casares, una de sus primeras figuras, ha pasado unos días en Moscú. El público moscovita pudo así admirarla en la máxima expresión de su talento artístico: el teatro. Representó *María Tudor* y *El triunfo del amor*.

Con motivo de su presencia en Moscú, los españoles allí residentes fueron a visitarla al Hotel Pekín, y uno de ellos, Eliseo Carreras, recogió en unas notas la fuerte impresión producida por María Casares en el público soviético.

De esta crónica recogemos los siguientes párrafos.

“... Sí queremos señalar que el público moscovita manifestó su entusiasmo en un delirante clamor de aplausos, incesante ola que fluía y refluía de la sala al escenario”.

“María Casares nos dijo luego, cuando tuvo la gentileza de recibirnos...

-Es un público de un calor extraordinario, un público que recibe al artista deseoso de su triunfo y que goza en verle triunfar.

Todo esto es cierto en el público de Moscú, que acoge a los artistas de otros países como emisarios no sólo del arte, sino de la amistad y comprensión entre los pueblos.

... María Casares, a pesar de las premuras de su tiempo, de la multitud de quehaceres de la artista y de la viajera, deseosa de conocer Moscú, tuvo la amabilidad de recibir a unos españoles -yo entre ellos- que

le llevábamos no sólo nuestra admiración por la artista, sino nuestro orgullo por la compatriota.

... Ella en seguida se puso a hablar de España, de los valles de Galicia, donde ha nacido y ha pasado su niñez y de la que guarda esa dulzura del acento, que ni el uso constante del francés ha podido borrar. Ni eso ni el cariño acendrado a la tierra natal, que enciende sus enormes ojos grises cuando habla de ella. Porque nos habló mucho de España, del pueblo español, de sus afanes, de sus anhelos.

María Casares ha partido de Moscú para Leningrado, donde actuará unos días, y de allí irá a otros países, ante otros públicos. Y a todas ellas les lleva el leal mensaje de su arte, un mensaje de amor y amistad, de espiritual comunicación y de paz entre los pueblos.

Y nos enorgullecemos de que tan noble embajadora tenga un nombre español, y sea española la sangre que riega su corazón, donde el amor a España y a su pueblo alienta y vive inmarcesible y esperanzado”.

Nueva España, México (1956)



IV TEXTOS OLVIDADOS DE CIPRIANO DE RIVAS CHERIF SOBRE MARÍA CASARES

CALENDARIO DEL AFICIONADO*

México tiene en París como embajador a su mejor poeta. Ningún representante del Presidente de los Estados Unidos Mexicanos cerca del de la República Francesa, mejor que Torres Bodet. Nadie tan hombre del Mundo como él. No queremos decir hombre de mundo; el simple gran mundo diplomático de las notas de sociedad (...) le viene estrecho. (...) Su presencia de nuevo en París, al frente de la misión diplomática de México, restituye a la Ciudad-Luz esa capitalidad de las artes y las letras a que algunas otras repúblicas americanas acostumbran contribuir, castigando dichosamente la indisciplina, la rivalidad, la simple competencia política de los desterrados en condición de embajadores.

(...)

El maestro Celestino Gorostiza, director del Departamento Teatral del INBA, puede haber comprobado, a poca reflexión sobre sus propias contemplaciones en estos días, cuán cerca de la perfección el *Enrique IV* de Pirandello en la imponente y simplicísima versión de Jean Vilar en el Teatro Nacional Popular, de que tanto difería, como del solo y suficiente retrato de Ruggero Ruggeri en esa obra que coronó la fama del gran actor italiano, la que el propio director del Teatro de Bellas Artes nos ofreció la última temporada. La reincidencia, por parte

de Ignacio López tarso, en una interpretación cuyo defecto principal atribuíamos al director responsable, y que vemos de nuevo, disminuida en sus valores dramáticos y equivocada siempre en su concepto, con atenernos a la letra de Pirandello, de suyo desvirtuada grandemente con la reducción televisada, contrariamente a nuestro parecer y otras gentes de gusto celebrada vulgarmente por los habituales cronistas y anunciantes afectos al nuevo y todavía innumerado arte, nos hace lamentar una vez más la confusión en que se malogran tantas buenas cosas mal dispuestas como hay en el teatro mexicano.

Cierto que el señor Gorostiza, curándose en salud por la responsabilidad que pueda incumbirle respecto al contrato que nos amenazaba de una parte de la Compañía de la Comedia Francesa en sus dos modalidades, clásica y moderna, con notorio perjuicio del presupuesto que pudiera dedicarse a menesteres por caseros más perentorios, y en todo caso, prefiriéndola al Teatro Nacional Popular, puede disculparse con el juicio de Robert Kemp, crítico de *Le Monde* y uno de los más académicamente autorizados de París, hace, menoscabándola, de la sorprendente, arrebatadora *Fedra* de Racine y desde ahora de María Casares, como en un tiempo lo fue también de Sarah Bernhardt la divina... (...) No le ha emocionado a Robert Kemp, simplemente. Lo que sí al público, delirante en el aplauso y hasta el vítor, y a otros críticos como a M. Job que en *L'Aurore* dice que es la Ca-

sares “una Fedra magnífica que llega a las entrañas y arrastra a los abismos en que se aniquila”. Y el señor Paul Gordeaux anota en *France-Soir* que es Venus por entero... y su actuación nerviosa, febril, violentamente tensa, el fuego carnal que anima su ser, frágil y ondulante, sus gritos de animal herido, sus miradas, ora apasionadas, desesperadas o ansiosas, hacen de ella una Fedra verdaderamente excepcional. Y el señor Max Faveli en *Paris, Presse Intransigeant*, confirma: “He aquí la Fedra más extraordinaria que jamás he visto. No, ciertamente, conformista ni clásica; en modo alguno a la zaga de las demás Fedras. Pero me ha trastornado el ánimo. Algo inestimable en fin”.

*

Aparte la Comedia Francesa y el Nacional Popular, el maestro Gorostiza tiene ocasión de ver estos días en París (...) *El círculo de yeso caucásico*, de Brecht, puesto preciosamente en escena por la compañía de Paul Abraham en el Studio de los Campos Elíseos. Puede ver la decantada *Cantante calva*, de Ionesco, tan bien o mejor que los actores españoles de su tiempo acertaban en la astracanada de Muñoz Seca. Y, sobre todo, puede, volviendo al Nacional Popular fatalmente, recrearse en *Ese loco de Platonov*, de Chejov, y –más que nada– en *Lady Macbeth*, donde parece ser que el arte de María Casares, en un escenario de cuarenta metros de largo por veinte de fondo y

treinta de altura, enteramente en blanco y negro de luz y sombra, con tal cual fondo azul de cielo desolado –cuán ajeno todo al carrousel en que montaron a Shakespeare en Bellas Artes–, resplandece en la magnificencia de la victoria sobre la secular disputa sobre si Shakespeare o Racine, que en tela de juicio puso Stendhal, atribuyendo al hervor romántico de las grandes acciones terribles el triunfo sobre todas las gracias académicas del neo-clasicismo.

¿Sobreactuación? Pasión simplemente. Y carácter. Estilo, en suma.

¿Qué así no era madame Bartet y era muy buena? Cierto. Pero sí la Rachel. Y, por lo que cuentan, mejor.

Así era hace treinta años Alicia Coonen, la gran actriz rusa del Teatro Kamerny, de Moscú, que escandalizó a París con su interpretación de una Fedra bárbaramente arcaica sobre el texto académico de Racine, y al día siguiente cantó, bailó, rió delirantemente el *Giroflé-Giroflá* de Offembach.

Fracasadas las gestiones –y seguimos pensando que afortunadamente– del INBA con la Comedia Francesa, esperemos que el maestro Gorostiza pueda encontrar ahora la ocasión que perdió hace unos meses, cuando el Teatro Nacional Popular de Francia visitó las capitales de América del Sur. Y no vino a México.

*Por Un Curioso Impertinente. *El Redondel*, México (domingo 16 de febrero de 1958), pp. 3 y 14. En la página 3 se publica un retrato de la actriz María Casares, con



el siguiente texto como pie de foto: “María Casares, la española a quien los azares de la guerra civil llevaron de niña a Francia, donde ha llegado a ser eminente actriz. En sus tournées por Europa, y el año pasado por las principales ciudades sudamericanas, ha sido aclamada como de las más grandes en la historia del teatro. Es de esperar que el viaje a París del director teatral del INBA nos proporcione la ocasión de ver este año en México la Compañía del Teatro Nacional Popular, que dirige el gran actor Jean Vilar y en el que María Casares es elemento principalísimo. El retrato que publicamos está dedicado “a Lolita Azaña” (viuda del Presidente que fue de la República Española), “para que no olvide que esté donde esté, en cualquier rincón del mundo, siempre tendrá una amiga pequeña, pero fiel, que la quiere con la fuerza de los Casares.- Vitoliña” (diminutivo gallego con que sus padres la llamaban más que por María Victoria, su nombre de pila)”.

UNA POSTAL DE MARÍA CASARES*

María Casares nos envía desde Nueva York “un recuerdo cariñoso”. No es que se reporte. Es que efectivamente se acuerda de nosotros al refrendar en la capital del mundo americano el título de *Primer actriz*, que ya le habían discernido los públicos del mundo antiguo.

Prueba manifiesta de la inferioridad en que se halla el de México con respecto a su propia historia, es que por dos veces haya

cruzado el Atlántico la Compañía del Teatro Nacional de Francia, antes y después de sancionada por el aplauso de Bruselas, La Haya, Londres, Copenhague, Oslo, Estocolmo y Moscú, sin que aquí hayamos podido compartir, en tanto que espectadores, la suerte de los buenos que aún quedan, o nacen todos los días, en Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Santiago de Chile y Lima.

Mientras no se disculpen públicamente el director del Teatro del INBA, el propio director de Bellas Artes y el agregado cultural a la embajada francesa, tendremos que hacerles responsables de ese menoscabo. El Teatro Nacional Popular de Francia, con sede central en el Palacio Chaillot de París, está magistralmente dirigido por uno de los legítimos primeros actores franceses, Jean Vilar.

No son sus carteles ni reclamos, sino la más severa crítica neoyorquina, afirmando el clamor que sigue por todas partes sus representaciones, quien por estos mismos días de la preclamación de Nelson Rockefeller, proclama a la primera actriz del Teatro Nacional Popular, María Casares, la mejor del mundo.

*

(...) *Vitola, Santiña*, como la llamaban con tiernos apelativos familiares y gallegos de su patria neta, su padre, la encantadora Gloria y Santiago Casares, nuestro grande amigo, nuestro gran ministro de la Gober-

nación de la República Española durante el primer Ministerio de Manuel Azaña, cuanto gravado por la suerte más injusta como Presidente del Consejo, cuando Azaña pasó a presidirla, desatando en su contra la más incivil –por militar y eclesiástica-, de cuantas guerras nos viene costando la siempre incumplida constitución de España en un estado libre, independiente y feliz.

*

La genialidad de la Xirgu y la de María Casares, son arbitrariamente españolas. Gallega, como Valle-Inclán, es decir celta, como Synge, con cuyo *Deirdre of Sorrows* debutó la actriz francesa de hoy; catalana, la Xirgu, mediterránea ¿como la Duse? Como Guimerá –que, por cierto, era isleño canario, es decir Atlántico-, de cuya *María Rosa* hizo su más auténtica creación dramática, aunque no de la que más haya presumido, la mejor actriz española de nuestro siglo.

*Anales de Tito Liviano, *El Redondel*, México (domingo 9 de noviembre de 1958).

CALENDARIO DEL AFICIONADO*

Un sino fatal parece presidir la vida dramática de María Casares, la gran española a quien precisamente los tremendos azares de la guerra han llevado a ser primera entre las grandes actrices francesas. Compañera

de arte en más de una de sus más famosas interpretaciones de Gérard Philipe, cuya visita conjunta nos prometía este año en la Compañía del “Teatro Nacional Popular” de Francia que dirige Jean Vilar; colaboradora referida del autor del *Malentendu*, de *Les Justes*, del *État de siège*, que dirigió magníficamente en su estreno Jean-Louis Barrault, y más que intérprete, musa de estas sus mejores obras dramáticas, María Casares ve morir en pocos días a dos amigos dilectos, a dos tan íntimos copartícipes con ella en la tragicomedia existencialista del gran teatro del mundo.

*Por Cipriano Rivas Xerif [sic]. *El Redondel*, México (10 de enero de 1960), p. 14. Esos “dos amigos dilectos” son Albert Camus y Gérard Philipe, fallecidos el 4 de enero de 1960 y el 25 de noviembre de 1959, respectivamente.

A MARÍA CASARES, EN BUENOS AIRES

CARTA ABIERTA*

Querida Vitola: De pequeña, yo te llamaba así. Como tu padre y tu madre.

Hace mucho tiempo que ni me contestas. Y una sola carta me has escrito en tu vida. ¡Pero qué carta! La guardo como oro en paño. De lágrimas. Ya no lloro. Si por acaso se me salta el llanto, no es de rabia; es de risa. De mi última sin respuesta, ya hace un año lo menos. Te invitaba una vez más a que vinieras. Tenía y tengo un empresa-



rio. No lo necesitas. Eres el Cordobés de las actrices. Quiero decir que tu arte, como el de Sara y de la Duse míticas, y el de Isidora Duncan, y el de María Callas, tiene poco que ver con reglas, canciones y leyes aprendidas. Todo lo más que pueden decirte, en todo caso, es que no, no hablas bien el castellano. A las tres corridas (¡perdón!, a las cuatro representaciones) el mismo revistero proclamará a los cuatro vientos por la tele, que has aprendido a *pronunciar* en México. Claro que el revistero no será gachupín, ni mexicano, sino nacionalizado del 40: refugíbero. Lo que tiene más mérito; porque nacer se nace en cualquier parte, y morir... pues ¡quién sabe! Pero nunca se escoge sin suicidio. Y vivir es difícil. No se vive más que ensayando un bel morir. De acuerdo.

Y ahora óyeme, María, que hablo en serio.

Te predije la suerte, antes de que nacieras (al arte, digo). Y aquí viven y te esperan Paz Vilches, hija de Ernesto, gran cómico que fue; y Marisa Palencia, nieta de gran actriz. En casa de Isabel, ahora ya abuela ingente, y Ceferino, que se murió no más antaño pintando y escribiendo, fue en Madrid la función de aquella tarde de Navidad infantil: tú la más niña. Hacías aquel cuento benaventino: *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros*. Tú todo lo intuías. Y le dije a tu padre y a tu madre: Cuídenme, cuídenme a esa criatura. Porque o se muere amada de los dioses, o será la primera actriz de España. De allí a muy

pocos años, cruzabais la frontera. Los médicos prohibieron que fueras a asistir con tu madre al hospital de sangre de la guerra civil del mundo en que vivimos, con prólogo cainita en nuestra España.

Cuanto te volví a ver, en París, con Sonia, la hija de Araquistáin, suicida en Londres, víctima de la guerra, ¡como tantas! Todos tres fuimos, como me lo pedíais, a ver a Chevalier en el Casino. Pasé muy poco tiempo, y era ya nuestra ¿paz? en el destierro. La mía no. No, no la tendré, lo sé, hasta que me muera. ¿Vino también Max Aub? ¿Y Malraux acaso? (Quizá, que así es la condición humana). El Presidente, el nuestro todavía, profundamente ausente aunque risueño, asentía al proyecto: Jean Cassou con Jean Camp, sus traductores entusiastas, harían la versión de *La Corona*, que no acerté a poner bien a Margarita, *Reina Vieja*, como fuera algún día *Reina Joven* de Guimerá... María, así es la vida. Tú no significabas todavía (según los entendidos) lo que al día siguiente de tu debut *adivinaron* todos los expertos...

La última vez que te vi fue en una plaza de Burdeos. Los alemanes ya estaban en París. Tu padre tenía que huir a Londres, en un barco fantasma de hombres solos. Tú decías, llorando como niña –ya tenías... ¡diecisiete años ya! ¡Si no eran quince! “¿Verdad que aunque haya otra debacle y los derrotan, los franceses siempre harán buen teatro?”.

En plena resistencia ¿con otra qué? Contra todo, fue tu triunfo. Tu madre lo sabía

desde siempre. Tu padre se sintió al fin casi vengado, por ti. Después la Xirgu compartió contigo lo que querías desde niña: trabajar a su lado. Sólo yo no te he visto. Y eres la actriz del mundo; no de España como yo te quería.

Cuando antaño tu *Yerma* en Buenos Aires fue un fracaso (aunque diera el dinero que no importa, nunca te importó a ti, si al caso vamos), yo escribí en este ruedo – que es mi pequeño mundo en que me dejan decir cuanto yo quiero, sin empacho-, yo escribí (...) que tú tienes, María, un autor nato: Valle-Inclán. Valle-Inclán y sus *Divinas Palabras*. Porque tienes, María, el mismo acento de su cantar galaico. Y acaba de morirsenos Arturo Souto, el gran pintor, que podía, él sí, darnos el color de tu Galicia.

Leo en una noticia de Buenos Aires que te ha hablado para traerte nuestro amigo Manolo Fábregas. Él es [el más] cabal hombre de teatro que hay en México, “audaz, cosmopolita”, buen actor, director y, sobre todo, magnífico empresario, de los que ya no quedan. Pero se debe a su público. A su negocio. Tampoco del alma. María, tú no estás en el caso de las estrellas internacionales que Fábregas hace brillar en sus salas. Más que en ninguna parte, tú aquí, María Casares, representas no una actriz, un símbolo. Más claro: tú aquí eres la República Española, la libertad, la unión en el destierro de dispersión, y eres el verbo soberano de la justicia; la ilusión en suma, la resistencia de una fe, la esperanza sin desmayo;

tú no eres la gran trágica. No, sino la tragedia. Ven, María. Pero ven con nosotros, al teatro del gran mundo español. Ven, que queremos verte en cuerpo. No sólo en disco y con la voz de radio. No es ningún encargado de negocios (¿cuáles?) quien puede, no, representarme a mí y representarnos a todos los que éramos, y a todos los que estamos. Tú sí eres la que puedes decirle al Presidente bien cumplido y al que llega tendiéndonos la mano: Señores, soy La Paz, que vengo siempre huyendo; soy la Verdad, y no el Engaño; soy el Honor en la palabra dada, me he quitado la máscara de griegos y romanos; ¡no he arrojado el espejo! Doy la cara. Y los brazos.

Siempre contigo, y por mi nombre *El Mágico* de Calderón, tu fiel, Cipriano.

**El Redondel*, México (19 de julio de 1964).

ANALES DE TITO LIVIANO*

El Teatro Universitario tenía en su haber el estreno en México de *Los Justos*, de Camus. Camus está reconocido, desde el último Premio Nobel de Literatura, como uno de los grandes escritores del mundo moderno. (...)

Nacido francés, pero argelino, tiene además, si no la erramos, cierta ascendencia española....

No necesitó, pues, recurrir a ninguna reflexión para sentir impetuosamente en su ánimo la trágica razón de los republi-



canos españoles, enrojados por la injusta adversidad hasta el rojo vivo de su propio espíritu desollado, Y no digamos de sus hermanos de Argel; que tampoco son colonistas (los colonos, los *encomenderos* franceses). Hay en el repertorio de Camus un drama alegórico, nada fácil por cierto de representar, especie de gran espectáculo trascendental, cervantino en la misma medida que *El Cerco de Numancia* pretende a la tragedia griega y latina. Pero en el cual, como en el propio Cervantes, el concepto supera a la eficacia del drama trágico por la importancia del coro sobre los *dramatis personae*, las personas propiamente dramáticas, en cuyas pasiones ejemplares se sublimen las del vulgo anónimo y aun la del pueblo constituido como tal en una voz unánime. No anónima ni mostrenca, es decir, de cualquiera.

Muy otra cosa es la voz de todo el mundo. *El Estado de Sitio*, en cuya inspiración hay evidente influencia de la tragedia española en la guerra civil de los cinco continentes, fue representada en París por Juan-Louis Barrault con el concurso de María Casares, la gran gallega, reina hoy por hoy de la escena francesa y principalísima colaboradora de Camus en tanto que dramaturgo. No es mera casualidad que Barrault hubiera sido de pocos años antes magnífico intérprete de la *Numancia*.

*“Anales de Tito Liviano, transcritos por Cipriano Rivas Xerif”. *El Redondel*, México (24 de agosto de 1958).

CALENDARIO DEL AFICIONADO*

“ (...) La anunciada visita, tantas veces diferida, del “Teatro Nacional Popular de Francia” y en que tan destacadamente figura al lado de su director, Jean Vilar, la española y republicana impenitente por devoción paterna, María Casares...”

*“Calendario del Aficionado, A propósito de una película, por Cipriano Rivas Xerif”. *El Redondel*, México (17 de abril de 1960), p. 12.

CALENDARIO DEL AFICIONADO*

Tras de reiterados anuncios incumplidos y fallidas promesas, parece inminente la presentación en México y en su Palacio de las Bellas Artes, de la Compañía del Teatro Nacional Popular francés que dirige el primer actor Jean Vilar. Lástima grande que, por lo que se ve, ya no forme parte principalísima de ella la gran actriz María Casares. En todas sus excursiones por el mundo y no se diga en América del Sur, ella ha constituido, no menos que por los últimos años del siglo Sarah Bernhardt –y sin alarde alguno de extravagancia- la principal atracción para con el gran público, en que se incluye el más distinguido y exigente. En México y por motivos particulares concernientes al público español, la ausencia de María Casares, que nos debe visita, y ojalá pueda hacérsola por sí sola, o tan bien acompañada como lo ha estado últimamente en París en sus representa-

ciones triunfales con Pierre Brasseur, resta gran parte de su interés al Teatro Nacional Popular de Francia.

*“Calendario del Aficionado, por Cipriano Rivas Xerif”. *El Redondel*, México (19 de marzo de 1961), p. 14.

CALENDARIO DEL AFICIONADO*

Me lamentaba yo hace pocos días, de la ausencia de María Casares, la gran española, cuya fulgurante carrera tanto ha contribuido en estos últimos años al renovado prestigio de la escena francesa en el gran teatro del mundo, en el cartel del “Teatro Nacional Popular” de París que, dirigido por su primer actor y fundador Jean Vilar, anuncia en estos días su presentación, tanto más esperada como demorada una y otra vez, en el Palacio de Bellas Artes de la ciudad capital de México.

Mi lamentación implicaba un cierto desmerecimiento del interés que suscita la visita de la compañía francesa más notable hoy día en la competencia europea del arte dramático, sobre todo para los españoles desterrados desde la derrota de su Segunda República (no hay dos sin tres, y precisamente con la del general De Gaulle hacen los franceses la cuenta de cuatro) que valió a París la inopinada conquista para sí de una *representante* en toda la extensión de la palabra, como María Casares.

*

La improvisación característica de las “buenas cosas mal dispuestas” con que suelen malgastar sus dispendios los directores de Bellas Artes en todo el mundo conocido, al menos por mis ojos, ha sido causa, sin duda, de que en el parco anuncio que asegura para dentro de muy pocos días la susodicha presentación del Théâtre National Populaire tampoco venga especialmente destacado el nombre que por todos conceptos mejor puede sustituir en mi ánimo y en el de los españoles de América como yo, al de María Casares.

Sin duda la disciplina rigurosa con que la discreción de la propaganda usual en Francia somete al solo director la responsabilidad personal de toda la compañía, dejando al buen juicio del público el discernimiento de las excelencias en el conjunto, hace que el nombre de Germaine Montero no aparezca desde luego en primer término.

*“Calendario del Aficionado, por Cipriano Rivas Xerif”. *El Redondel*, México (2 de abril de 1961).

CALENDARIO DEL AFICIONADO*

(...) Y a propósito de augurios, no pude predecir ciertamente la excelencia en la escena francesa de María Casares y Germaine Montero: de la una, porque nacida en España, se ilusionó en su niñez con la idea de ser conmigo la primera actriz del Español de Madrid.



De la otra, porque si contribuí con mi recomendación a sus compatriotas Jean Camp y Jean Cassou, traductores de la *Fuenteovejuna* con que se presentó con pseudónimo castellano en la escena francesa, al éxito de su estreno en París, mucho más había pensado antes en sus posibilidades de intérprete española de García Lorca, como dirigida por él lo había sido de Lope.

*Por Cipriano Rivas Cherif. *El Redondel*, México (9 de abril de 1961), p. 14.

V
PÁGINAS MECANOGRAFIADAS
FECHADAS POR “ARRABAL, PARIS, 2 DE
MAYO DE 1967”

CUANDO apenas tenía diecinueve años, una galleguita que solo llevaba cinco en Francia, conmovió y sorprendió a la “élite” parisiense en su primera actuación teatral. Esta españolita de París –“escandalosamente fascinante”- era María Casares, que, como Picasso y Buñuel, se ha colocado a la cabeza de su mundo a fuerza de desmesura, de amor, de infinitos sueños, de perturbación y de prodigios.

Hoy el teatro francés tiene en María Casares su primerísima actriz. Camus dijo de ella que es “la actriz soñada” y cuando escribió su primera pieza –*Le malentendu*- le pidió que la creara. Imagino a María en el mundo de Camus vestida de fuego, maquillada de esperanza y amordazada de privilegios acurrucados y brillantes.

Todo es excesivo en ella. Cuando a los dieciocho años, tras un escándalo enorme, obtuvo la máxima distinción en el conservatorio de París, su profesora dijo: “Es inutilizable en papeles secundarios”. María canta con los ojos, llora con su vientre y convierte sus manos en paisajes de Apocalipsis.

En el teatro y en el cine su pasión, su maestría, su temperamento provocan disparatadas reacciones como ante el monstruo inestable y genial. Ni conoce ni recibe la indiferencia: corretea con su fortuna como un despertador y una serpiente boa.

Hizo dos viajes a la Argentina, donde creó en castellano *Yerma* y *Divinas palabras*. A su llegada, miles de personas la aclamaron a ella que, humildemente, juguetea con la gracia y el talismán, con la figura y la muerte.

Un teatro revolucionario, un teatro concebido como un sacrificio, como un rito, como una fiesta, como una ceremonia, este teatro que vengo defendiendo tiene en María Casares su máxima intérprete, su provocadora de inventos y resistencias.

A pesar de ser “extranjera” –nunca perdió su nacionalidad de origen– su talento le abrió las puertas de la Comedia Francesa. Pero semejante promoción, que es a menudo la coronación triunfante de una carrera, María no la aceptó. Pronto presentó su dimisión para, infinitamente libre, buscar tumultuosamente nuevos imposibles, caleidoscopios de verdades.

Cuando Jean Vilar creó el T.N.P., María fue la máxima “vedette” de la casa electrizando, irritando, maravillando a críticos y público. Como una fuente derramando aviones a reacción y cosmonautas, María ve y percibe el avatar.

Su primer papel lo hizo en Madrid a los diez años: En el Instituto Escuela representó un hada en la pieza de Benavente “El príncipe que todo lo aprendió en los libros”. Y la niña Casares sintió ya la enseñanza de la paradoja y el caos.

El gesto más atrevido, la postura más grotesca o más sublime, el texto poético más difícil o la situación extraña más com-

plicada encuentra en María Casares su intérprete fiel y descomunal. Miles de campanas y de candelabros se yerguen entre sus dedos.

Tras haber hecho las creaciones mundiales de piezas de Jean-Paul Sartre, Camus, Anouilh, Genet, Bédart... y de películas de Cocteau, Bresson, Carné... hoy se la puede ver interpretando prodigiosamente Shakespeare en el Théâtre de France o en cuclillas, arrastrándose, chillando, susurrando, babeando, en la delirante demostración del teatro más nuevo. María significa lo único y el Fénix, la aleluya y el Cantar de los Cantares.

A esta galleguita, a la que cada año le proponen cien veces aquello que para cualquier otra actriz sería la meta suprema, me la imagino niña en La Coruña mirando al microscopio las patas de araña que alguien le mostraba. Si María fuera abismo sus brazos sería dos telescopios, y si hubiera nacido cigarra comería a bocados la ceguera y el deseo.

A los jóvenes españoles sedientos de novedad que me escriben preguntándome qué es lo que puedes ver al llegar a París, yo les digo: “María Casares”, como diría “Picasso, o Buñuel”. A todos esos jóvenes fascinados por las nuevas formas les brindo María y sus sacrificios, María y su exaltación, María y su amor gigantesco como la perspectiva.

Con Jorge Lavelli, el maestro de ceremonia del teatro pánico, ha creado en un ring de boxeo *Encadenados*, de O’Neill, en



Buenos Aires *Divinas Palabras*, de Valle Inclán, y en el Théâtre de France *Medea*, con música de Xenaquis.

Con qué humildad se presta a la dirección más truculenta y moderna, más justa y difícil. María en *Medea* como una loba, o un planeador, hace vibrar la recitación-canto de mil y un matices en que se convierte su voz bajo el dictado de Lavelli.

La última vez que la vi tenía junto a ella un texto sobre el “happening”. Y pensé que esta mujer que pudiera vivir encerrada en sus brillantes papeles de trágica, celebrada y admirada, está dispuesta a subir al más minúsculo teatro parisiense para defender la obra de un poeta de vanguardia. Y es que María celebra la delectación hasta el radical del silencio.

Su voz (cual triángulo escaleno) es especialísima, ligeramente ronca, muy caliente, lo cual le permite toda clase de modulaciones en lo trágico y en lo cómico. Sus ojos tan claros –presididos por el abandono y la lluvia- contrastan con su pelo oscurísimo. Su cara es patética, terriblemente apasionada hasta el descarrilamiento y el matiz de Botticelli. Da la impresión de una médium, de un sonámbulo, parece que se deja invadir por el personaje, al cual amamanta con su sangre y su ser hasta lo irreparable.

Muchos dicen que es superior a Sarah Bernhardt. Pero ella me señala con modestia:

-Mi carrera fue una apuesta imposible y loca; era tan difícil que una emigrante española de catorce años que no sabía una

palabra de francés llegara a ser actriz en París...

Y hoy es la mejor, como Picasso y Buñuel son los mejores en sus mundos.

ARRABAL